

## LIBRO DUODÉCIMO.

Desde la muerte de San Juan Crisóstomo en el año 407, hasta la condenacion del pelagianismo en el de 418.

**S**OBREVINO la muerte del emperador Arcadio poco despues de la de San Juan Crisóstomo, tan indignamente abreviada por sus persecuciones. Este príncipe piadoso y débil, benigno é inconstante, tímido y de corta capacidad, á los treinta y un años de edad, día 1.º de mayo del año 408, fué á dar cuenta á Dios de los males que habia ejecutado, ó por mejor decir, de los que habia permitido ejecutar, aunque con buenas intenciones, durante un reinado de trece años, abandonado á la direccion de su muger y de sus eunucos. ¡Dichoso él si pudo encontrar disculpa en la debilidad de su valor ó en lo limitado de sus luces! La emperatriz Eudisia, que fué la primera causa de la persecucion, no vió su fin, pues murió á 6 de octubre del año anterior (a).

(a) Por esta misma época murió el célebre poeta español y cristiano Quinto Aurelio Prudencio Clemente. Se disputa entre los historiadores acerca del lugar de su nacimiento, haciéndole unos natural de Calahorra y otros de Zaragoza. En su juventud se dedicó al estudio del derecho y fué sucesivamente abogado, magistrado, militar y gobernador de Zaragoza, distinguiéndose en todos estos cargos. Fuera de su patria sirvió al imperio en la carrera de la judicatura. Habiendo despues regresado á España á los cincuenta y siete años de su edad, consagró el resto de su vida á la Poesía sagrada, y compuso diversas obras con admirable piedad y uncion. Tenemos de él la *Psychomachia*, ó pugna entre las virtudes y vicios; el *Cathemerinon*, ó coleccion de himnos de *tempore*; la *Apoteosis*, ó sea defensa de la fé contra los paganos y hereges; el *Peristephanon*, ó himnos en honor de algunos santos mártires; la *Harmartigenia*, composicion contra los marcionistas; y el *Enchiridion*, ó sea compendio de la Historia Santa.

Teodosio, llamado el jóven porque no tenia mas que ocho años cuando murió su padre Arcadio, le sucedió en el trono, y tuvo la felicidad de hallar en Antemio, antiguo amigo de San Crisóstomo y de San Afraates, un guia tan sábio como virtuoso, siendo el honor de este nuevo reinado hasta que la princesa Pulqueria entendié en los negocios del imperio. Tenia esta dos años mas que el emperador su hermano, á quien parece habia negado la naturaleza lo que tan liberalmente concedió á su hermana. Su alma, superior á su edad y á su sexo, tanto por su energía natural como por su virtud prematura, estuvo desde entonces en estado de cuidar de la educacion de Teodosio y de sus dos tiernas hermanas, Arcadia y Macrina, que juntamente con ella conservaron la virginidad é hicieron brillar en medio de la córte una piedad y pureza igual á la de las mas fervientes religiosas.

Merced al cuidado y prudencia de Pulqueria, se preservó el imperio en Oriente de los azotes que desolaban las provincias occidentales bajo el gobierno de Honorio, muy distante por su desgracia de una sobrina tan digna. Habíase deshecho ya de

Véase sobre ellas y su autor á don Nicolás Antonio (*Bibliot. antig.* tom. 1, lib. 2, cap. 10) y sobre todo al eruditísimo P. Faustino Arévalo, de la Compañía de Jesus, y que en 1824 falleció en Madrid, el cual publicó en Roma en 1788 las obras de nuestro Prudencio con interesantes notas y disertaciones.

(N. del E.)

(AÑO 410)

Estilicón, de quien se decia que no contento con su poder, aunque tan enorme, á nada menos aspiraba este regente ambicioso que á destronar al emperador su yerno y colocar su propio hijo en su lugar; y que para conseguirlo más fácilmente á favor de las turbulencias y de la confusion habia atraído los bárbaros al imperio.

Hubo en efecto irrupciones espantosas de todos los pueblos de la Germania, que cubrieron de ruinas y de cadáveres las Galias. Si se exceptúan algunas ciudades, dice San Gerónimo (1), todo fué asolado: las provincias mas fértiles y mas opulentas solo sirvieron para ser por mas tiempo teatro de la crueldad y de los últimos horrores. Las mugeres de la primera distincion y las vírgenes consagradas á Dios eran juguete de la brutalidad del soldado; los obispos fueron llevados cautivos; degollados los sacerdotes y los monges; las reliquias, desenterradas y pisadas; las iglesias, demolidas ó convertidas en caballerizas; y los caballos atados á los altares. Yo mismo vi por mis propios ojos, dice un autor contemporáneo (2), cuerpos de uno y otro sexo desnudos vergonzosamente en medio de las ciudades, comidos por los perros ó deshechos y podridos inficionando á los vivos. Como aquellos bárbaros eran de una supersticion estúpida é inhumana, hicieron muchos mártires, siendo los mas célebres San Nicasio, arzobispo de Reims, y la vírgen Eutropia su hermana; San Didier, obispo de Langres, y San Fraterno de Auxerre, martirizado el mismo día de su consagracion.

Los godos, son ser paganos, no se hicieron menos odiosos por su sediciosa inteligencia con Estilicón; y así, despues de la muerte de este se les maltrató sin piedad

en las provincias romanas. Robáronseles los bienes en muchos lugares, y en algunas ciudades se quitó la vida á sus mugeres y á sus hijos. Irritados de esta venganza indigna y vil, se reunieron bajo Alarico, el mas acreditado de sus gefes, guerrero valeroso y que en la guerra de Eugenio habia servido útilmente á Teodosio el grande. Despues de haber hecho alguna tentativa á lo menos aparente para conciliar los partidos marchó á Roma. Dicen que un santo solitario á quien encontró, quiso apartarle de su designio pintándole los males que iba á ocasionar. «No voy yo ni me muevo por mí mismo», respondió Alarico, sino que experimento y siento que alguno me empuja y atormenta cada dia diciéndome: «é á castigar á la soberbia Roma.» Estrechó tanto la ciudad, que pronto el hambre y la peste sembraron en toda ella la consternacion. Los ciudadanos procuraron buscar medio de apaciguar á este terrible godo; entablaron negociaciones, y mediante cinco mil libras de oro, treinta mil de plata y una porcion escesiva de otras cosas preciosas, libertaron los romanos su ciudad de este primer peligro. Pero el príncipe bárbaro volvió despues hasta dos veces, porque la imprudente seguridad de los negociadores rompió las conferencias comenzadas sabiamente por disposicion de Honorio, ó mas bien porque esta nueva Babilonia, embriagada con la sangre de los Santos, debia á la edificacion del universo una expiacion notoria de su crueldad y de la pasion invencible que por la idolatria mostraban los grandes y muchos senadores. Aun durante el sitio, y cuando la mano de Dios se estaba viendo claramente, tuvieron la impiedad de acudir á los adivinos y arúspices, y derramar la sangre de las impuras víctimas en el Capitolio y de mas templos. Cedió Roma en fin á los ataques repetidos, y fué presa de los bárbaros

(1) Hieronim. *Epist. ad Heliod.* añ. 410 (1)

(2) *Salv. de Gubern. lib. 6.ª* añ. 410 (2)

el año 416 de su fundacion, es decir, el año de Jesucristo de 410 á 24 de agosto. Alarico la abandonó enteramente al saqueo, á escepcion de la iglesia del Vaticano, que él mismo designó como asilo por respeto al Apóstol San Pedro, lo cual preservó á la ciudad de su total ruina (1). Esta iglesia con los edificios de su dependencia ocupaba un espacio vastísimo, y se refugió á ella un número de personas bastante para impedir la despoblacion de Roma; pero sin embargo padeció en alto grado. A más de los robos, asesinatos y ultrajes de toda especie, se debe añadir el que no sólo los palacios particulares, sino tambien los mas bellos edificios, quedaron reducidos á cenizas. Aunque es verdad que los fieles se hallaban espuestos á las mismas calamidades que los paganos, sin embargo, todo se convirtió en bien para los adoradores sinceros del verdadero Dios, en quienes las mas peligrosas ocasiones de caer, solo sirvieron para dar mayor realce á sus méritos y al esplendor de sus coronas. Por ejemplo: una muger católica de una hermosura extraordinaria cayó en manos de un jóven godo ariano, que sacó su espada para asustarla y hacerla condescender con sus deseos; y aun la hirió y ensangrentó todo el cuello; pero ella, lejos de intimidarse, presentó con intrepidez la cabeza; hasta que el bárbaro, convertido de repente, la tomó bajo su proteccion, provió á su subsistencia, é hizo buscar á su marido para entregársela (2). Otro godo de los principales del ejército, halló en una iglesia una virgen ya de mayor edad, que cuidaba del adorno de los lugares santos: la preguntó con bastante dulzura qué riquezas podia tener; y al momento con una confianza que

(1) Sozom. lib. 9, c. 10.

(2) Prosp. Chron. 411, ad fin.

el resultado hizo creer inspirada, le condujo á un lugar, en donde quedó sorprendido al ver la multitud de vasos de oro y plata. «Estos son, le dijo, los vasos del Apóstol San Pedro: como yo no puedo defenderlos, tú serás responsable de ellos.» El oficial dió parte de esto á Alarico, que ordenó inmediatamente trasladar estas riquezas á la Basilica del santo Apóstol, y conducir al mismo tiempo con seguridad la virgen que las habia guardado con todos los cristianos que se uniesen á ella (1). Así en medio de la desolacion pública triunfó la Religion. Los vasos eran llevados respetuosamente y descubiertos, entre soldados que marchaban con espada en mano. Los espectadores romanos y bárbaros mostraban la mayor emulacion sobre quién los habia de venerar más, entonando himnos en alabanza de Dios. Los fieles se agrupaban en rededor de esta salvaguardia sagrada, y á vista de la gloria de la Religion protegida con tales maravillas, muchos paganos parecian cristianos, no haciendo los godos distincion en medio de su fervor. Desterrándose por sí misma la multitud obstinada en la idolatria, abandonó la ciudad de Roma, dejándola limpia de idolatras: los barbaros permitian salir á cuantos querian, y aun les daban escolta y les protegían para que sacasen sus bienes mediante una leve contribucion. Afortunadamente se hallaba fuera de la ciudad el Sumo Pontífice cuando sucedió este saqueo, pues con motivo de las turbulencias habia salido poco antes á hablar al emperador que aun residia en Ravena. No cupo igual suerte á la ilustre Santa Marcella, pues entraron en su casa los barbaros, exigiendo el oro y las demás riquezas que suponian haber allí ocultas (2). In-

(1) Oros. lib. 7 histor. cap. 39.

(2) Hieronym. Epist. 16.

útil la fué asegurar que era pobre, y ofrecer á la vista en prueba de ello la humildad sencillez de sus vestidos. Creyeron ser este un disimulo artificioso, y llegó su rabia hasta el punto de herirla, no pudiendo creer que una persona de su calidad se hubiese despojado así de todo por Jesucristo. Sin embargo, conocieron pronto el lenguaje de la verdad y de la virtud; y ocupando la veneracion el lugar de la ferocidad, condugeron á la Santa á la iglesia de San Pablo, que como la de San Pedro sirvió de asilo. Pero lo que interesaba á esta madre cristiana mas que su propia persona era su hija Principia, de la que logró no separarse, para libertarla de los insultos de que á ella la exceptuaba su edad avanzada. Murió pocos dias despues en los brazos de esta hija virtuosa, bendiciendo al Señor por haber conservado su inocencia, y haberla preservado á ella de la pérdida infructuosa de sus bienes, aceptando el sacrificio que él la habia inspirado hacer de ellos mucho antes del saqueo.

Duró este tres dias, y al sexto de haber entrado Alarico en Roma salió de ella sin dejar siquiera guarnicion, y pasó á la Campania, en donde sus tropas saquearon tambien la ciudad de Nola. Habia sido ordenado San Paulino obispo de esta ciudad; á pesar de parecerle el episcopado un peso mas formidable que el sacerdocio que habia recibido contra su voluntad. Pero creciendo cada dia mas la fama de sus virtudes, y estando vacante la Silla de Nola, le hicieron tantas instancias que no pudo negarse á la unanimidad de votos que se reunieron en su favor. Aunque separado del siglo tanto tiempo antes, continuaba siempre gozando de la mayor estimacion, mas por la belleza de su espíritu y de sus obras, que por las dignidades que habia tenido en otro tiempo.

Apenas existia persona alguna distinguida por sus talentos y piedad que no fue-

se amigo suyo. Habia recibido en su casa á Santa Melania, cuando regresaba de Palestina; y aunque no tenia mas de una sala en un cuarto alto con una galeria que comunicaba con las celdillas destinadas á la hospitalidad, encontró medio de alojar á toda la comitiva de la Santa, que era numerosa; pues por lo que hace á su persona y á su equipage, no podia encontrarse nada mas humilde. Melania vestia pobremente, y viajaba en un caballo del tamaño y valor de un jumentillo. Miraba con sumo horror el fausto, y parecia que cuanto mayor era el horror con que le miraba, mas se complacia el cielo en honrar á su sierva; porque sus ilustres hijos y nietos, que ocupaban los primeros puestos en el imperio, habian salido á recibirla hasta Nola con un acompañamiento conveniente á su clase. Alojáronse todos en casa de Paulino, queriendo así la Providencia honrar la pobreza evangélica y el desprecio de la gloria terrena.

Durante su episcopado fueron los godos á saquear la ciudad de Nola, y prendiendo al santo obispo le allanaron la casa, aunque sin hacer daño á su persona (a). Habia dirigido al cielo la siguiente oracion: «no permitais, Señor, que Paulino sea atormentado por los bienes perecederos de este

(a) Nuestra España tampoco se vió libre de irrupciones de bárbaros; antes bien entraron á la vez é hicieron sus correrias por Castilla, Asturias, Galicia, Portugal, Estremadura y Andalucía, los vándalos, alanos, suevos y silingos, quienes, talaban los campos llevándolo todo á sangre y fuego. Siguióse á esto una hambre y peste horrorosas que causaron los mayores estragos; pero como estos alcanzaron á invasores é invadidos, sirvieron para que se apaciguasen los bárbaros, y ajustasen condiciones con los españoles para vivir todos en el país. Así es que ya en el año 411 se fijaron los suevos en Galicia, comprendiendo las Asturias y tierra de Campos hasta el Duero; los alanos en Lusitania, Estremadura y parte de Castilla y Leon; y los vándalos y silingos en la Bética. Por los años 414 ó 415 vino el rey Ataulfo con los godos y ocupó la Cataluña y Galia narbonense; pero fué asesinado en Barcelona, así como tambien su sucesor Sigerico. Walia, á quien eligieron despues, logró sujetar á los demas bárbaros. Véase Mariana, lib. 5 hist. cap. 1 y 2; Oros., lib. 7 hist. cap. 41 y 42. (N. del E.)

muado (1): vos conocéis en dónde están todos mis tesoros. Aunque no tenía oro ni plata encontró medio de socorrer á una infinidad de miserables, y rescatar muchos cautivos, y aun se dice que habiendo agotado sus recursos, y no pudiendo rescatar al hijo de una pobre viuda que los bárbaros tenían cautivo, se entregó á sí mismo para libertarle (2). Varían las circunstancias de este suceso, y hay sus dificultades y aun contradicciones de cronología respecto al amo que comunmente se dá á Paulino en esta esclavitud. Mas la persuasión universal en que tanto tiempo se estuvo acerca del hecho mismo, si no lo coloca en la clase de un hecho incontestable, al menos atestigua la idea que se tenía de la caridad de este digno discípulo del buen Pastor.

Entre los romanos que se salvaron de la ciudad saqueada, muchos se retiraron á las islas vecinas y hasta al Africa, otros á Oriente y particularmente á Palestina. San Jerónimo recibió á muchos en Belen, y la pena que le causó este doloroso espectáculo retardó la interpretación de los Profetas mayores, en que á la sazón se empleaba. Viendo tantos ilustres fugitivos de uno y otro sexo reducidos á la mendicidad, casi desnudos, heridos por la mayor parte, y mirando como una dicha despues de haber perdido inmensas riquezas el salvar la vida y encontrar un asilo, se deshacía en lágrimas, y no omitía medio alguno para hacerles mas llevadero su infortunio, aunque adorando entre tanto la mano de Dios en estos golpes terribles y la eficacia de los oráculos y amenazas proféticas (3).

Aunque el imperio de Oriente estuvo menos espuesto que el de Occidente á las irrupciones de los bárbaros, húbolas tam-

(1) Ang. de Cur. mor. c. 16; de Civit. Dei, lib. 1, c. 10.

(2) Greg. M. Dial. lib. 3, cap. 1.

(3) Epist. 17 et 151.

bien que causaron muchos estragos en la Siria, el Egipto y la Arabia. Aquellos sarracenos vagabundos que no vivían sino de latrocinios entraron en el desierto de Sinai, poblado de fervorosos solitarios, les despojaron de las cosas mas necesarias á la vida, é hicieron una multitud de mártires. Los que escaparon de los golpes de su furor, huyeron del modo que pudieron lejos de su santo retiro, en donde se les quedaba el corazon y el alma. Fué San Nilo uno de ellos; mas la vida en este estado llegó á serle casi insufrible, porque su hijo habia quedado en manos de los bárbaros. Estando perplejo sobre este punto, llegó un nuevo fugitivo que, segun refirió sin conocerle, habia tenido la dicha de escaparse á tiempo que iba á ser sacrificado con el hijo de Nilo al astro de Venus que adoran los árabes. Añadió, que este infeliz compañero habia quedado á merced de la sanguinaria superstición de ellos. Al oír esta relacion no dudó Nilo que su hijo hubiese muerto; aunque algun tiempo despues se le aseguró que vivía y estaba cautivo en Elusa. Partió inmediatamente á esta ciudad, y en el camino supo que su hijo se habia hecho clérigo, habiéndole rescatado el obispo, y ordenándole despues por la buena opinion que con solo verle habia formado de él como por inspiración. Reconoció Nilo su sangre antes que el hijo, y se conmovió de tal modo que cayó desmayado: estrechóle el hijo entre sus brazos, hizole volver de su desmayo, y despues le contó la historia tierna de su libertad en estos términos:

«Cuándo se salvó mi compañero de esclavitud, todo estaba preparado para sacrificarnos, el altar, el incienso, las libaciones y la espada destinada para degollarnos á rayar la aurora del día siguiente. Estaba yo postrado en tierra, y oraba con todo el ardor que inspiran semejantes peligros, y decia:

*«no permitáis, Señor, que mi sangre sea*

*ofrecida á los demonios, ni que mi cuerpo sea víctima de los espíritus tenebrosos: volvedme á manos de mi padre, vuestro siervo, que me enseñó á esperar en vos.»* Aun estaba pronunciando esta oración cuando se despertaron los bárbaros admirados de ver que habia trascurrido el tiempo del sacrificio, porque habia desaparecido la estrella de Venus, y el sol doraba ya todo el horizonte. Preguntáronme por el otro cautivo, y diciéndoles yo que ignoraba su destino, permanecieron tranquilos sin darme señal alguna de descontento. Principió entonces á renacer la esperanza en mi corazon; algunos momentos despues me presentaron carnes sacrificadas, y me convidaron á sus licenciosas diversiones con mugeres: invoqué de nuevo al Señor, y me dió vigor para oponerles resistencia. En el primer pueblo á donde llegaron me pusieron en venta; pero como era muy poco el dinero que les ofrecían despues de haberme espuesto en público muchos días, me ataron finalmente desnudo á la entrada del pueblo con una espada al cuello, para manifestar que si no se me compraba iban á cortarme la cabeza. Estendia yo las manos á cuantos se presentaban, rogándoles diesen á mis robadores el precio que pedían por mí, y prometiéndoles que no solo les devolvería esta suma, sino que quedaria á su servicio despues de haberla satisfecho. Moví por último á compasión, y vos sabéis cómo obtuve despues mucho mas de lo que esperaba.

El obispo de Elusa trató al padre y al hijo con mucha generosidad; los retuvo por algun tiempo en su compañía para que descansasen de sus fatigas, y cuando se despidieron de él les suministró lo necesario para su viaje. Ignórase el resto de la vida de San Nilo que á la sazón tenía cincuenta años, y segun se cree, vivió todavía otros cuarenta. Conservamos de él muchos tratados de piedad, y mas de mil cartas, la ma-

yor parte sucintas, pero con un estilo vivo y sentencioso. Cuenta él mismo la historia de la cautividad de su hijo del modo que la acabamos de referir (1). Leemos tambien en sus obras (2), que San Juan Crisóstomo veía muchas veces los ángeles en el lugar santo, sobre todo durante el sacrificio adorable del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, y que desde el momento en que el sacerdote principiaba la oblación cercaban el altar hasta la consumación de los sagrados misterios. Sus espresiones acerca de la presencia real del Salvador en la Eucaristía son claras y concisas. Despues de la invocación, dice (3), y venida del Espíritu Santificador, lo que queda sobre la mesa santa no es ya simple pan ni vino comun, sino el Cuerpo y Sangre preciosa de Jesucristo nuestro Dios, que purifica de toda mancha á los que le reciben con un santo temor y confianza.

Las conmociones de los bárbaros y las turbulencias del imperio causaron mucho mal á la Religion. Alarico, con el fin de dividir las fuerzas enemigas, dió un rival á Honorio en la persona de Atalo, prefecto de Roma, donde le hizo reconocer emperador. Pretendió este nuevo partido apoderarse desde luego del Africa, tan apetejada siempre de las diversas facciones, como que les era precisa para sostenerse. El conde Heracliano, que mandaba allí, defendió con celo y con buen éxito los intereses del Soberano legítimo; mas antes de poner á cubierto estos intereses, hubo de condescender mucho con los donatistas, tenidos justamente por favorecedores de los enemigos del Estado y de la pública tranquilidad. Obtuvieron entonces estos cismáticos, segun se cree, una ley que les concedía el libre ejercicio de su religion.

(1) Narr. 2.

(2) Lib. 2, Epist. 294.

(3) Id. lib. 1, Epist. 44.